



ALGUNAS EXPERIENCIAS

Juan J. Díaz, cm. - David Fernández, cm. Sor Remedios López, H.C.
- Sor M.^a Teresa Villalobos, H.C.
Miguel Sánchez, cm

QUE POR MAYO ERA, POR MAYO

1 - La experiencia que me llevó a animarme a ser «animador»

Los comienzos de esa experiencia se pierden en la hermosura de la luz y de la vida. Si esto fuera un romance como los de antes, tendría que empezar: «Que por mayo era, por mayo...» por ser mayo el mes de la luz y de las flores; y si fuera una poesía deberá pedirle prestada a Antonio Machado aquella que comienza «Yo voy soñando caminos de la tarde...» Y es que era época de sueños.

Todo comenzó cuando comencé a estrenar mi vida. En esos momentos en que estás deseando que alguien esté a tu lado lo suficientemente lejano, preocupado e irónico a la vez, exigente y comprensivo, proponiéndote ideales de altura, de belleza, de generosidad... En esos momentos apareció en mi vida un padre paúl. Yo no recuerdo cómo lo hacía, pero recuerdo que siempre estaba allí, justamente cuando lo necesitaba.

Recuerdo los amaneceres de esperanza, y las tardes de cansancio; los días de luz y las noches del alma; los miedos del antes y la paz del después; recuerdo la alegría de hablar con alguien que había bebido en la fuente de la alegría, en la paz del que sólo quiere a Dios, en la libertad verdadera... recuerdo las ilusiones que despertaba en mí.

Esa es mi experiencia. Algunas veces al retirarme a descansar, cuando la noche invita a rezarle a la Virgen y a dar gracias a Dios por todos aquellos que me han ayudado a construir mi vida, me viene a la memoria su persona (tal como era entonces, porque para mí nunca envejecerá), y le digo al Señor: «Gracias, porque en sus manos abiertas, en sus palabras de vida y en su corazón de amigo, aprendí que Tú, Jesús, eres Luz, Limpieza, Paz, Futuro, Servicio, Generosidad... aprendí que Tú eres Dios».

2 - La experiencia de Dios que me aporta el ser animador

Los poetas han cantado los ríos, los ci- preses, las colinas plateadas, han cantado incluso «a un olmo viejo, hendido por el rayo». Y tienen razón, porque la vida humana, que es muchas cosas, es sobre todo canto y admiración ante Dios Creador, y ante la belleza de sus criaturas.

Pero El Señor, que está en todo lo bello, está especialmente allí donde, de manera particular, se hace posible el amor y la vida: está en los jóvenes. Decimos que el joven es imprevisible, que es incomprensible, que es exigente; decimos también que es futuro, apertura, ilusión, generosidad, alegría... es todo eso, y seguramente por serlo se nos escapa en ocasiones.

Vivir con los jóvenes y compartir con ellos la ración de lucha diaria y el Evangelio da muchos sobresaltos: tiene su precio y no se puede decir que sea una Gracia barata. Pero es indescriptiblemente hermoso.

Por eso, yo me atrevo a deciros mi experiencia. Os dirán que la belleza más grande está aquí... está allá... Pero no. No hay hermosura que se pueda comparar a la de ver crecer a Dios en el corazón de los jóvenes. Y así, cuando veo a un joven que está comenzando a estrenar su vida, que está deseando que alguien esté a su lado lo suficientemente cercano y lo suficientemente lejano, preocupado e irónico a la vez,... en esos momentos trato de aparecer en su vida como un padre paúl.

P. Juan Julián Díaz Catalán, cm.



MERECE LA PENA

Mi experiencia de seguimiento a Cristo

En su derroche de amor y generosidad para con el hombre, Dios no se ha ahorrado ningún esfuerzo y desea hacernos comprender que lo que a él le satisface es nuestra salvación y nuestra felicidad, eso si, dejándonos siempre la libertad suficiente para que elijamos el camino y seamos nosotros los protagonistas de nuestra propia historia. Unos descubren enseguida la llamada y a otros nos ha costado dar unos cuantos rodeos y hacer que el Señor haga en nosotros «horas extras» para llegar a comprender que «mi» proyecto de vida pasaba por el seguimiento de Cristo siendo evangelizador.

A la temprana edad de nueve años mis padres quisieron hacer un esfuerzo en favor de mi educación y sacándome de la escuela unitaria del pueblo comencé 5.º de EGB en un colegio que los Misioneros del Verbo Divino tenían en Coreses (Zamora). Allí comenzó a germinar mi vocación: en las oraciones cuidadas y esmeradas al comienzo y final de cada día, en los diálogos con los Padres, en su estilo de vida, en el diálogo con los misioneros que venían del Tercer Mundo y nos hablaban de unos países lejanos que hacían volar nuestra imaginación; pero, sobre todo, en el trato diario por su dedicación, cercanía, esfuerzo y cariño que ponían los Padres y Profesores en su labor educativa. Fueron años bonitos, llenos de ilusiones y proyectos, de alegrías y experiencias compartidas, de modo que finalizada la etapa de EGB no me costó en absoluto decidirme a continuar con los Padres del Verbo Divino para estudiar el BUP en Estella (Navarra), en un Colegio con orientación vocacional y un seguimiento más personalizado.

Los años van pasando y comienzan las dudas, me doy cuenta de que he crecido, he madurado y mi vida se ha desarrollado y formado en el internado. No descarto la vocación sacerdotal, pero deseaba tener otra experiencia de formación diferente o «más normal» como un joven de mi edad en un centro público. Por eso finalizo el BUP y COU en La Bañeza (León) a 5 Km. de mi pueblo, y de nuevo el dilema de tener que orientar mi vida hacia una meta concreta. El fantasma de la vocación se hace presente de nuevo en mi mente y siento miedo, asustado trato de olvidarme. El servicio militar me brinda la oportunidad de encontrar una salida profesional (la carrera militar) en caso de que me agradara ese tipo de vida; pero lo primero que deseé nada más comenzar fue que llegara el día de licenciarme... tuve que esperar 15 meses y medio, pero al final llegó la licencia y comencé magisterio, algo que deseaba hacer desde siempre; pero cuál no sería mi decepción al descubrir que en la enseñanza tampoco estaba mi vocación... Dejé el magisterio y seguí buscando; en esta ocasión fueron unas oposiciones para Instituciones Penitenciarias pero tampoco ese resultó ser mi camino... Bueno, pero sin perder la paciencia (al menos yo, porque mis padres ciertamente ya la comenzaban a perder conmigo).

Estando preparando oposiciones, a mi hermana (que entonces pertenecía a JM V y hoy es Hija de la Caridad) se le ocurrió invitarme a participar en una Pascua de JMV, a mí no me agradó mucho la idea, pero se trataba de una nueva experiencia y yo a su vez invité a otras dos amigas mías con lo que nos sumamos los tres a la Pascua. Allí sucedió algo extraño, yo me encontré como en mi casa desde el primer momento, en un ambiente extraordinariamente agradable, en un clima de oración y profundización desconocidos (o al menos olvidado hacía ya varios años) y comencé a darme cuenta de que lo que yo estaba buscando en mi vida ¡ya lo había encontrado! E inmediatamente comienza a resurgir la idea vocacional y a temblar de nuevo. Traté de buscar todas las disculpas posibles, de provocar todos los inconvenientes que se me ocurrían; pero ya no podía apartarme de esa idea persistente que se apoderó de mí, y cuanto más luchaba por hacerla desaparecer, más se afianzaba en mí la vocación sacerdotal. Cristo esta vez se había manifestado en mi vida con fuerza y energía y parece que no estaba dispuesto a recibir de mí una nueva evasiva.

La noticia en mi familia cayó como una bomba, mis padres no podían imaginarse que las preocupaciones con las que me veían fuesen motivadas por esta decisión y quedaron bastante desorientados.

En septiembre de ese mismo año, ingresé en el Seminario Interno de los PP. Paules en Avila. Luego vinieron 5 años de Teología en Salamanca, en los cuales además de verme las caras con la Teología tuve que aprender a vivir y a descubrir el valor de la Comunidad, iniciarme en el carisma vicenciano y dejarme interpelar por la llamada de los pobres; y, sobre todo, descubrir que mis limitaciones, mis inseguridades y deficiencias eran fácilmente superadas porque no había sido yo el que voluntariamente había elegido este camino, sino que Jesús fue el que me trajo a él.

Durante los años de formación procuré estar siempre cerca del movimiento, especialmente en la Provincia de Gijón que fue mi punto de encuentro y de partida.

Finalizados mis estudios, y aún sin haberme ordenado, colaboré en el Colegio de Los Milagros (Orense); y al ordenarme de sacerdote me destinaron a la parroquia de La Milagrosa, en Gijón; además, me nombraron Consiliario de Asturias y de León.

Mi deseo es hacer descubrir a los jóvenes y a la gente que pertenece a la parroquia que si yo he podido llegar hasta aquí, ha sido porque ha habido personas que me han hecho comprender a través de su entrega, servicio, testimonio, de su talante de vida, que el seguimiento de Jesús de Nazaret no es una utopía, es posible hacerlo; pero hay que arriesgarse no podemos contemplar la vida de forma impasible como si no tuviésemos nada que ofrecer a los demás.

Ahora yo quiero hacer con los jóvenes lo mismo que otros han hecho conmigo, porque sé que merece la pena, porque el seguir a Cristo es una aventura fascinante y porque realmente, si nosotros no somos capaces de decidirnos a hacer algo por los demás, nadie va a realizar nuestro proyecto. Somos únicos y nuestra respuesta

es insustituible; lo que yo no realice en favor de la comunidad, de los necesitados, de los jóvenes... en favor de la construcción del Reino, va a quedar sin hacer. Por eso creo que es necesario dejarnos guiar por él, abandonarnos en su voluntad para ir camino hacia la felicidad.

David Fernández, cm.

YO SOLA, POCO PODIA

Mi experiencia de seguimiento espiritual

¡Hola! Me llamo Remedios. He sido miembro de JMV durante tres años y ya hace diez que opté por seguir a Jesús como Hija de la Caridad. Voy a intentar comunicaros mi corta pero intensa experiencia.

En mis primeros años de plena juventud yo no comprendía bien qué era eso del seguimiento espiritual e, incluso, tenía mis prejuicios al respecto, pues lo asociaba a dependencia o sumisión a otras personas y yo quería ser libre por encima de todo, sin atadura alguna. Pero en mi búsqueda incansable y sincera de la Verdad y de la Libertad, me encontré de lleno con la persona de Jesucristo a través de su Palabra y del testimonio de cristianos auténticos. Entonces empecé a darme cuenta de que yo sola y por mí misma corría el riesgo de perderme o desviarme en esa búsqueda y en ese encuentro, y comencé a sentir la necesidad de buscar la guía, el apoyo, de cristianos comprometidos y con más experiencia que yo, que con su vida testimoniaban ese Amor y esa Verdad que yo deseaba alcanzar.

Hoy doy gracias a Dios por todas esas personas que, respetando mi libertad y mi personalidad, han sabido guiarme y acompañarme en mi opción personal de seguir a Cristo, sirviéndole en la persona de los pobres en la Compañía de las Hijas de la Caridad y a las cuales puedo acudir en cualquier momento para ir creciendo y fortaleciendo mi vocación.

Por otro lado, también he experimentado la necesidad que todos tenemos de un seguimiento espiritual, a un nivel de profundidad, pues son muchas las personas, jóvenes o mayores, que se han acercado a mí manifestando, de una u otra forma, la necesidad que tienen de ser escuchados, orientados en su vida personal y de fe para ir creciendo como personas y como cristianos. También doy gracias a Dios por ello, lo vivo como una riqueza y le pido que nos ayude a todos a tomar conciencia y a dar respuesta a esta necesidad que experimentamos de vivir un seguimiento espiritual leal y sincero.

A vosotros, los jóvenes, para que seáis capaces de encontrar el camino de la verdad sobre vosotros mismos y tomar vuestra opción de vida desde la auténtica libertad. Y, a nosotros, los menos jóvenes, para que continuemos adelantando juntos en nuestro caminar hacia el Señor.

Sor Remedios López, H.C (Granada)

SERVICIO Y ALEGRÍA

Testimonio

Soy Hija de la Caridad, y éste es el don más grande que he recibido después del Bautismo, el secreto de mi felicidad. ¿Por qué seguí esta vocación? Creo que mis padres desde el cielo hoy se alegrarán al oírme decir que ellos me iniciaron. Me enseñaron a amar a Dios y a descubrir la importancia de que todos los hombres fueran felices amándole y sintiéndose amados por El.

Es curioso: mi padre trabajaba en los «trenes», era ferroviario. Cuando salía de casa decía: «Me voy al *servicio*», y sonreía. Aun sin saberlo yo, me dio la clave:

Es necesario «salir de casa», «salir de sí», para ir al servicio. Y sonreír.

Yo iba descubriendo un camino seguro, con dos indicadores claros: *servicio* - *alegría*. Durante muchos años mi servicio me ha mantenido cerca de los jóvenes y veo que ellos necesitan también descubrir la clave de su vida, desvelar el secreto que les hará encontrar la felicidad en un mundo que ofrece superficialidad y vacío. Ciertamente la clave es Cristo, y en la conexión con El encontrarán la energía capaz de transformar su vida para ponerla al servicio de un mundo de hermanos.

Aunque lo necesitan, no siempre encuentran con quien dialogar en este sentido. Mi pequeña experiencia me dice que merece la pena «gastar tiempo», animarles a experimentar el camino del servicio, al estilo de Cristo. No es fácil. Son hijos de esta sociedad que invita más al egoísmo que a la entrega. Y seguir a Cristo supone ir aceptando el Misterio Pascual para dar vida. Y esto duele. En esos momentos es donde veo más necesario el acompañamiento, el «estar» presente, como María, alentando, hasta que surja la vida. Con Ella llega también la *alegría*, fruto maduro del *servicio* por el Reino.

Una vez que descubren a Cristo, y, sobre todo, si le descubren presente en el Pobre, el camino está abierto. Sólo queda orar y dejarle hacer a El para que, en cada joven, siga creciendo como *Camino, Verdad y Vida*.

Sor María Teresa Villalobos, H.C.

«ESCUCHE - RESPONDI - PROCLAME»

Experiencia personal

Desde siempre el hombre viene recibiendo todo tipo de llamadas, de ofertas, de invitaciones a realizar esto o dejar de hacer esto otro. Pero la mayoría de las veces las ofertas que recibimos son: una juerga, una salida al campo, el hacer una gran fiesta o el pasar toda la noche en la discoteca o de bar en bar. Todos hemos pasado por esta experiencia y seguiremos pasando desafortunadamente.

Esta fue también la realidad en la que yo me sentía envuelto, hasta que un buen día sin esperarlo, las ofertas que a menudo recibía, cambiaron de color. Una comunidad de Hijas de la Caridad venida de fuera para llevar una residencia de ancianos en mi pueblo. Hicieron una llamada para limpiar la nueva residencia en la que iban a derramar todo su amor para servir a los ancianos que muchas veces de sus propias casas echamos. Se invitó a ir a limpiar cristales, quitar manchas de pintura, etc., y ahí estaba yo entre el público escuchando la invitación. Entre cristal y cristal, las hermanas nos presentaron a unos cuantos a JMV: y sin pensarlo mucho hicimos una pequeña comunidad.

Sin darme cuenta, en esa reunión semanal, en ese servicio al anciano, mi corazón iba cambiando. El pasar la tarde del domingo en la discoteca me gustaba, pero sin saber cómo, el estar ahora toda la tarde con los ancianos jugando a las cartas, charlando con ellos, etc., no es que me gustara mucho, pero en cambio me llenaba. Sin darme cuenta, Dios iba entrando en mi corazón hasta tal punto que ya no era feliz haciendo aquello que a mí me gustaba sino aquello que él me pedía.

El me iba modelando, me iba transformando, pero sobre todo me iba regalando cada día su amor que hacía de mí alguien diferente. Mis amigos me llamaban raro: ¿mira que pasar toda la tarde en la residencia metido y no querer venirme con nosotros al campo? Yo, tampoco lo entendía, pero es que cuando uno recibe algo gratuitamente, cuando alguien se enamora de Dios, ya no puede hacer otra cosa que aquello que él le pide. No entendía lo que me pasaba, pero no podía dejar de ir cada semana a compartir lo que sentía. El llenarme cada día de él me lanzaba a darme más y más a El, hasta tal punto que ya no pude ocultar lo que me ocurría: mi felicidad estaba en él. El vivir pendiente de sus cosas, el hacer cada día algo nuevo por él, el entregarme a su servicio era lo único que me llenaba de paz. Sólo en mi cuarto, en la capilla, o allí donde iba él me seguía y yo sin darme cuenta lo buscaba. Llegué a una sencilla conclusión después de varios años de reflexión: o se lo daba todo y sería feliz o dejaba ahogar en mí lo que sentía y tal vez perdería la ocasión de ser feliz. Me fié, me dejé en sus brazos, no puse resistencia y sin poner peros le dije: Señor, sólo sé una cosa: ¡Te quiero! Entonces empecé a ser feliz, una alegría inundó todo mi ser, ahora experimentaba en mí una serenidad que nunca antes había sentido.

Durante estos once años que llevo intentando estar siempre a su lado, ha habido momentos de todo, pero también he de decir que

siempre le he sentido cercano y las fuerzas nunca me han fallado, ya que él no me ha dejado. No me cambio por nadie, pero sobre todo no cambio mi vocación por ninguna otra por grande que pudiera ser.

Sí, en cambio, te invito a sentir lo mismo, te invito a conocer más a Jesús, a dejarte abrazar por él. La razón es bien sencilla: con Jesús yo soy Feliz, y tú también puedes llegar a serlo: ¿Qué más deseas? Si pudiera gritar al mundo entero algo, sólo le diría una cosa: Fíate de Dios.

Dios te ama, pero sobre todo quiere seguir amando, quiere seguir perdonando, acogiendo y sonriendo, etc. El necesita tus manos, él necesita tus labios, él te necesita a ti para que el mundo se sienta un poco más feliz.

P. Miguel Sánchez Alba
Seminario María Mediadora
Tardajos (Burgos)